# LIBRO TERCERO

## EL ARTE Y LA CIENCIA

I

Muchas gentes, en nuestros días, á menudo agentes de cambio y otras veces notarios, dicen y repiten: La poesía se va. Es como si se dijese: No hay más rosas, la primavera ha muerto, el sol ha perdido la costumbre de levantarse; recorred todos los prados de la tierra, no hallaréis en ellos ni una mariposa; no hay noches de luna, el león no ruge, el águila no se cierne, los Alpes y los Pirineos han desaparecido; no hay muchachas bonitas ni hermosos jóvenes, nadie se acuerda de las tumbas, la madre no ama á su hijo, el cielo se ha apagado, el corazón humano ha muerto.

Si fuese permitido mezclar lo contingente con lo eterno, probablemente lo contrario es lo que fuera verdad. Jamás las facultades del alma humana, registrada y enriquecida por las hondas y misteriosas investigaciones de las revoluciones, se han hallado más profundas ni más altas.

Y aguardad algún tiempo, dejad que se realice la inminencia de salvación social, la enseñanza gratuita y obligatoria, ¿qué falta?, veinticinco años, y representaos la incalculable suma de desenvolvimiento intelectual que cabe dentro de esta sola frase: ¡Todo el mundo sabe leer! La multiplicación de los lectores es la multiplicación de los panes. El día en que Cristo creó ese símbolo, entrevió la imprenta. Su milagro es

este prodigio. He aquí un libro. Con él alimentaré cinco mil almas, cien mil almas, un millón de almas, toda la humanidad. En Jesucristo haciendo brotar los panes, está Gutenberg haciendo brotar los libros. Un sembrador anuncia al otro.

¿Qué es el género humano desde el origen de los siglos? Un lector. Durante mucho tiempo deletreaba, deletrea todavía, pero pronto leerá.

Ese niño de seis mil años fué primero á la escuela. ¿Dónde? En la naturaleza. Al principio, no teniendo otro libro, deletreó el universo. Tuvo la instrucción primaria de las nubes, del firmamento, de los meteoros, de las flores, de las bestias, de los bosques, de las estaciones, de los fenómenos. El pescador de Jonia estudia las olas, el pastor de Caldea deletrea la estrella. Luego vinieron los primeros libros; sublime progreso. El libro es más vasto aún que ese espectáculo, el mundo; porque al hecho añade la idea. Si hay algo más grande que Dios visto en el sol, es Dios visto en Homero.

El universo, sin el libro, es como la ciencia que se bosqueja; el universo, con el libro, es el ideal que aparece. Luego, modificación inmediata en el fenómeno humano. Donde sólo había fuerza, se revela el poder. El ideal, aplicado á los hechos reales, es la civilización. La poesía escrita y cantada comienza su obra, magnífica y eficaz deducción de la poesía vista. Cosa sorprendente que debe enunciarse, la ciencia soñaba, la poesía obra. Con un acorde de la lira, el pensador ahuyenta la ferocidad.

Hablaremos más adelante de ese poder del libro, ni insistamos en este momento; estalla ante los ojos. Por lo tanto, muchos escritores y pocos lectores; tal era el mundo hasta hoy. El cambio va á efectuarse. La enseñanza obligatoria es, para la luz, un enganche, una recluta de almas. En adelante todos los progresos se harán en la humanidad por el aumento de la legión literaria. El diámetro del bien ideal y moral corresponde siempre á la abertura de las inteligencias. Lo que vale el cerebro, eso mismo vale el corazón.



El libro es la herramienta de esa transformación. Alimento de luz es lo que necesita la humanidad. Leer es alimentarse. De ahí la importancia de la escuela, en todo adecuada á la civilización. El género humano va por fin á abrir completamente el libro. La inmensa biblia humana, compuesta de todos los profetas, de todos los poetas, de todos los filósofos, va á resplandecer, á llamear bajo el foco de esa enorme lente luminosa llamada enseñanza obligatoria.

La humanidad que lee, es la humanidad sabia.

¡Qué necedad, por consiguiente, decir que la poesía se va! Podría más bien sostenerse que llega, que viene. Quien dice poesía, dice filosofía y luz. Pues bien, el reinado del libro empieza. La escuela es su proveedora. Aumentad el lector y aumentaréis el libro. No por cierto, en valor intrínseco, es lo que era, sino en poderío eficaz; obra ahora donde no obraba antes: las almas se le unen para el bien. Sólo era bello; es ya útil.

¿Quién se atrevería á negar esto? Ensanchándose el círculo de los lectores, necesariamente aumentará el círculo de los libros. Pues bien, siendo la necesidad de leer como un reguero de pólvora, una vez encendido no parará jamás; y esto combinado con la simplificación del trabajo material por las máquinas y el aumento del ocio del hombre, el cuerpo menos cansado, dejando mayor libertad á la inteligencia, vastísimos apetitos de ideas despertarán en todos los cerebros; la insaciable sed de conocer y de meditar será cada vez mayor preocupación humana; los sitios bajos se desertarán por los altos, ascensión natural de

toda inteligencia creciente; se dejará el *Faublas* y se leerá la *Orestia;* ahí se gustará lo grande, y cuando se haya gustado, no se saciará uno jamás; se devorará lo bello, porque la delicadeza de los espíritus aumenta en proporción de su fuerza; y llegará día en que, estando en su lleno la civilización, esas cumbres casi desiertas durante siglos, y visitadas únicamente por los más selectos, Lucrecio, Dante, Shakespeare, estarán cubiertas de almas que irán á buscar su alimento en las cimas.

## II

No puede haber dos leyes; la unidad de ley resulta de la unidad de esencia; naturaleza y arte son las dos vertientes de un mismo hecho. Y, en principio, salvo la restricción que indicaremos luego, la ley de uno es la ley del otro. El ángulo de reflexión iguala al ángulo de incidencia. Siendo todo equidad en el orden moral y equilibrio en el orden material, todo es ecuación en el orden intelectual. El binomio, maravilla que se ajusta á todo, está tan incluído en la poesía como en el álgebra. La naturaleza, más la humanidad, elevadas á la segunda potencia, dan el arte. He ahí el binomio intelectual. Ahora reemplazad ese A + B por la cifra especial de cada gran artista y de cada gran poeta, y tendréis, en su fisonomía múltiple y en su total riguroso, cada una de las creaciones del espíritu humano. La variedad de las obras maestras resultando de la la unidad de ley, ¿qué puede haber más hermoso? La poesía, lo mismo que la ciencia, tiene una raíz abstracta; la ciencia sale de allí como obra maestra de metal, de madera, de fuego ó de aire, máquina, buque, locomotora, aeróscafo; la poesía sale de ahí obra maestra de carne y hueso, *Ilíada, El*



*Cantar de los Cantares, El Romancero, Divina Comedia, Macbeth.* Nada hay que despierte y prolongue tanto la sensación y el asombro del soñador como esas exfoliaciones misteriosas de la abstracción, en realidades dentro de la doble región, una exacta, infinita la otra, del pensamiento humano. Región doble y, sin embargo, una; lo infinito es una exactitud. La profunda palabra Número es la base del pensamiento del hombre; es para nuestra inteligencia, elemento; significa armonía tanto como matemáticas. El número se revela al arte por el ritmo, que es el latido, del corazón de lo infinito. En el ritmo, ley del orden se siente á Dios. Un verso es numeroso como una muchedumbre; sus pies caminan con el paso cadencioso de una legión. Sin el número no hay ciencia; sin el número no hay poesía. La estrofa, la epopeya, el drama, la palpitación tumultuosa del hombre, la explosión del amor, la irradiación de la imaginación, toda esa nube con sus relámpagos, la pasión, la palabra misteriosa Número rige todo eso, como la geometría y la aritmética. Al mismo tiempo que las secciones cónicas y el cálculo diferencial é integral, Ayax, Héctor, Hécuba, los Siete jefes delante de Tebas, Edipo, Ugolino, Mesalina, Lear y Príamo, Romeo, Desdémona, Ricardo III, Pantagruel, el Cid, Alcestes, le pertenecen; parte de Dos y Dos son Cuatro, y sube hasta el lugar donde se funde el rayo.

Sin embargo, entre el Arte y la Ciencia, señalemos una diferencia radical. La ciencia es perfectible; el arte, no. ¿Por qué?

## III

Entre las cosas humanas, y en tanto cuanto á cosa humana, el arte está en una singular excepción.

La belleza de todas las cosas aquí abajo, consiste en poderse perfeccionar; todo está dotado de esa propiedad: crecer, aumentarse, fortificarse, ganar, adelantar, valer más hoy que ayer; es á la vez gloria y vida. La belleza del arte consiste en no ser susceptible de perfeccionamiento.

Insistamos acerca de estas ideas esenciales, apuntadas ya en algunas de las páginas precedentes.

Una obra maestra existe de una vez para siempre. El primer poeta que llega, llega á la cima. Subiréis después de él, tan alto, más alto. ¡Ah! Te llamas Dante, bueno; pero éste se llama Homero.

El progreso, objetivo siempre removido, etapa continuamente renovada, tiene cambios de horizonte. El ideal, ninguno.

Ahora bien, el progreso es el motor de la ciencia; el ideal es el generador del arte.

Esto explica por qué el perfeccionamiento corresponde á la ciencia y no es propio del arte.

Un sabio hace olvidar á otro sabio; un poeta no hace olvidar á otro poeta.

El arte marcha á su modo; cambia de puesto como la ciencia; pero sus creaciones sucesivas, conteniendo inmutabilidad, permanecen; mientras que los admirables *casi* de la ciencia, siendo y no pudiendo ser más que combinaciones de lo contingente, se borran unos por otros.

Lo relativo está en la ciencia; lo definitivo, en el arte. La obra maestra de hoy será obra maestra mañana. ¿Shakespeare cambia en alguna cosa á Plauto? Ni siquiera cuando le toma *Anfitrión* le quita nada. ¿Fígaro podría abolir á Sancho Panza? ¿Cordelia suprime á Antígona? No. Los poetas no se superponen escalándose. Uno no es estribo de otro. Se eleva uno solo, sin más punto de apoyo que sí mismo. No pisotea á su semejante. Los recién llegados respetan á



los viejos. Se suceden, no se reemplazan unos á otros. Lo bello no ahuyenta á lo bello. Ni los lobos, ni las obras maestras, se comen unos á otros.

Dice Saint-Simón (cito esto de memoria): «Todo el invierno se habló con admiración del libro de M. de Crambrai, cuando de repente apareció el libro de M. de Meaux, que lo devoró.» Si el libro de Fenelón hubiese sido de Saint-Simón, el libro de Bossuet no lo hubiera devorado.

Shakespeare no está por encima de Dante, Molière no está por encima de Aristófanes, Calderón no está por encima de Eurípides, la *Divina Comedia* no está por encima del *Génesis*, *El Romancero* no está por encima de la *Odisea*. Sirio no está por encima de Arcturo. Sublimidad es igualdad.

El espíritu humano es lo infinito posible. Las obras maestras, verdaderos mundos, brotan allí sin cesar y duran para siempre. Ningún choque de uno contra otro; ningún retroceso; las oclusiones cuando ocurren, sólo son aparentes y concluyen pronto. La espaciosidad de lo ilimitado admite todas las creaciones.

El arte, en tanto cuanto á arte está cogido por sí mismo, no adelanta ni retrocede. Las transformaciones de la poesía no son más que ondulaciones de lo bello, útiles al movimiento humano. El movimiento humano, otro lado de la cuestión, que no olvidaremos por cierto y que examinaremos atentamente después. El arte no es susceptible de progreso intrínseco. Desde Fidias á Rembrandt hay marcha, no progreso. Los frescos de la capilla Sixtina no hacen el menor daño á las metopas del Partenón. Retrogradad cuanto queráis, del palacio de Versalles al *schloss* de Heidelberg, del *schloss* de Heidelberg á Nuestra Señora de París, de Nuestra Señora de París á la Alhambra, de la Alhambra á Santa Sofía, de Santa Sofía al Coliseo, del Coliseo á las Propileas, de las Propileas á las Pirámi-

des, podréis ir retrocediendo en los siglos, no retrocederéis en el arte. Las Pirámides y la *Iliada* permanecerán en primer término.

Las obras maestras tienen un nivel igual para todas, lo absoluto.

Una vez logrado lo absoluto, todo queda dicho. No se pasa de allí. La vista no tiene más que un deslumbramiento posible.

De ahí procede la certidumbre de los poetas. Se apoyan en el porvenir con una confianza altiva. *Exegi monumentum,* dice Horacio. Y con tal motivo insulta al acero. *Plaudite cives,* dice Plauto. Corneille, á los sesenta y cinco años, se hace amar (tradición en la familia Escoubleau) de la jovencita marquesa de Contades, prometiéndole la posteridad:

Chez cette race nouvelle,
Où j'aurai quelque crédit,
Vous ne passerez pour belle
Qu'autant que je l'aurai dit (1).

En el poeta y en el artista hay algo infinito. Ese ingrediente, lo infinito, es lo que da á esa clase de genio la grandeza irreductible.

La cantidad de infinito, que está en el arte, es exterior al progreso. Puede tener, y tiene, deberes para con el progreso, pero no depende de él. No depende de ninguno de los perfeccionamientos del porvenir, de ninguna transformación de la lengua, de ninguna muerte ó de ningún nacimiento de idioma. Tiene en sí lo inconmensurable y lo innumerable; no puede

(1) Para esta raza que empieza,
y que siempre me atendió,
no seréis una belleza
hasta que lo afirme yo.



ser domeñada por ninguna competencia; es tan pura, tan completa, tan sideral, tan divina en plena barbarie como en plena civilización. Es lo Bello, diverso según los genios, pero siempre igual á sí mismo. Supremo.

Tal es la ley, poco conocida, del arte.

## IV

La ciencia es otra cosa.

Lo relativo, que la rige, se imprime en ella; y esa serie de huellas de lo relativo, cada vez más parecidas á la realidad, constituye la certidumbre movible del hombre.

En ciencias, ha habido cosas que fueron obras maestras y que ya no lo son. La máquina de Marly, por ejemplo, fué una obra maestra.

La ciencia busca el movimiento continuo y lo ha encontrado; es ella misma.

La ciencia es continuamente movediza en su benéfica acción.

Todo se mueve en ella, todo cambia, todo se renueva. Todo lo niega todo, todo lo destruye todo, todo lo crea todo, todo reemplaza á todo. Lo que se aceptaba ayer vuelve á molerse hoy. La máquina colosal Ciencia no descansa nunca; jamás está satisfecha; es insaciable respecto de lo mejor, ignorado por lo absoluto. La vacuna pregunta, el pararrayos pregunta. Quizás Jenner erró, quizás Franklin se equivocó; sigamos buscando. Esa agitación es soberbia. La ciencia está inquieta al rededor del hombre; tiene motivos para ello. La ciencia desempeña en el progreso el papel de utilidad. Veneremos á esa magnífica sirvienta.

La ciencia efectúa descubrimientos, el arte realiza